ANGÉLICA Y MEDORO. — II.

Las heridas que á Medoro
Dejaron del todo sano
A pesar de Sacripante,
De Agrican y de Reinaldos,
Cura Angélica la bella
Con sus angélicas manos,
Buenas para matar vidas,
Y para sanar llagados.
Miéntras cura el mal ajeno
Va creciendo el propio daño:
Consuelo busca al herido
Faltándole á su cuidado,
Y olvidada de quien era
Más que del Conde encantado,
Dice al nuevo prisionero,
Teniéndole en su regazo:
— Diferentes llagas son,
Medoro, las que hay en mí;
Unas te llagan á tí,
Y otras á mi corazon.
Tu daño descubrese,
Y así puede remediarse,
Mas al mio no hay curarse,
Porque duele y no se ve.—
Vuelve los ojos el moro,
Ya de ofendido esforzado,
Para agradecer la cura
Y sacarla de cuidado;
Que aunque el médico fué tal,
Fué la cura, sobre sano,
Pues tan presto descubrió
Con esta razon su daño,

— Heridas del cuerpo fueron
Las que, Angélica, curaste,
Mas apénas las miraste
Cuando del alma se hicieron.
¡Mira qué tal he quedado,
Pues cuando mi mal sentí
Herido vivo me vi,
Y agora muerto, curado!

ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
Curando Angélica estaba
De Medoro las heridas.
Deteniéndole está el alma;
Que hasta la muerte enemiga
Respeta las blancas manos,
Y sus milagros admira.
El moro la está mirando
Con su enternecida vista,
Y regalando la voz
Así le dice y suspira:
«¡Ay, dulce vida mia,
Deten el alma que á salir porfía!»
Si escribí tu amado nombre
En estas cortezas lisas
D'estos árboles, testigos
De tus glorias y las mias,
Agora que está mi sangre
Sobre mi pecho vertida,
Imprime como en diamante
Letras en el alma escritas.
Mira bien cómo las tratas,

Que si por Medoro olvidas
Tantos Rugeros y Orlandos,
Muerto yo, tú te confirmas:
«¡Ay, vida dulce mia,
Deten el alma que á salir porfía!»

—

LOCURA DE ROLDAN. — I.

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro,
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros:
¡Ay, felicísimo moro!
Dícele: — Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?
¡Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro!
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré á la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El sér de Orlando desdoro;
Pero el amor me disculpa,
Que á nadie guarda el decoro. —
Luégo con rabiosa basca
Bramando cual bravo toro

Se embravece contra sí
Aumentando más su lloro.

—

LOCURA DE ROLDAN. — II.

«Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los moros de España;
Aquí sus hermosos brazos,
Como hiedra que se enlaza,
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas.»
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El conde Orlando miraba.
Y apénas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y d'ellas sale la llama.
La columna deja entera
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser más firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro

Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los piés de un niño estaba.
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiende nada;
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: «Medoro,
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama.»
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira;
¡De amor injusta venganza!
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son celos,
Que llaman muerte de rabia.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN ERA DESPOSADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

Con soberbia y gran orgullo,
Que todo el mundo espantaba,
Saliérase Rodamonte,
Ese bravo Rey de Zarza,
(Rey de Zarza y de Argel era,
Que por tal se intitulaba),
En busca de Mandricardo,

Aquese rey de Tartaria,
Que se lleva á Doralice,
Hija del rey de Granada.
Quitóla á cien caballeros,
Que la tenian en guarda.
A pié va, que no á caballo,
Bien armado, y sin espada;
Solo va con un baston
Que de un árbol desgajára.
¡Tan feroz y tan sañudo,
Tan sin tiento caminaba,
Que no hay oso ni leon
Que mirarle ose en la cara!
Por una muy alta sierra
Al bajar de una montaña
Vido estar á Mandricardo
En regazo de su dama,
Que le enjugaba el sudor
Y la cara le limpiaba.
Doralice que le vido,
Allí habló con voz turbada:
—¡Triste de mí, Mandricardo!
¡Amarga de mí, cuitada!
Veo venir á Rodamonte
A quien yo le dí palabra
Para casarme con él,
Y por vos la quebrantára.
Defendedme, mi señor,
Solo que con él no vaya.—
Mandricardo que esto oyera,
El yelmo luégo abajára:
Vase para Rodamonte
Que en el campo le aguardaba.
Ya traban los dos guerreros
Entre ellos cruda batalla.

Por allí pasára un moro
Que Ferragut se llamaba.
— ¿Qu'es aquesto, caballeros?
¿Para qué es riña tan brava?—
Respondiera Doralice,
D'esta suerte proposára:
— De aquesta batalla, el moro,
Yo soy la principal causa,
Porque escogí á Mandricardo,
Y á Rodamonte dejára.—
Ferragut aquesto oyendo
Concertarlos procuraba.
Sosegados que los tuvo
D'esta suerte les hablaba.
— Paréceme, caballeros,
Que entendida vuestra saña
No querais con tanto esfuerzo
Morir por cosa tan baja;
Y señale Doralice
De los dos cuál más amaba. —
Rodamonte y Mandricardo
Se contentan, pues pensaba
Cada cual ser escogido
De la que presente estaba.
Rodamonte en este caso
De la dama confiaba,
Por los pasados servicios
Que por ella hizo en Granada,
Y á más que de ser su esposa
Le habia dado palabra.
Mandricardo, muy mejor
En ella se aseguraba,
Porque por él era dueña,
Y su hermosura gozára.
Doralice sin vergüenza

De esta suerte sentenciára:
— Yo desecho á Rodamonte,
Y á Mandricardo me daba,
Porque obras son amores,
De palabras no curaba. —
En oirlo Rodamonte
De Mahoma blasfemaba,
Porque de cuantas ha amado
A él ninguna le amára,
Y empezó de discantar
Lo que en Doralice hallaba.
— ¡Oh ingenio femenino!
¡Fuerza sin fuerza ganada!
¡Sin fe, sin ley, variable,
Más hueca que no la caña!
¡Importuna, soberbiosa,
Pestilencia no curada,
Desleal, ingrata, cruel,
Falsedad jamas pensada,
Discípula del demonio,
Amicicia solapada,
En fin, maldad de maldades,
Vista y lengua emponzoñada!

BRADAMANTE CELOSA.

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante
Llena de angustia y cuidado.
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;
Arranca un suspiro y otro,
Que encendiera un pecho helado,

Mesa sus rubios cabellos
En que el amor ha enlazado,
Ganándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnés tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
— ¿Qué es de tí? ¿Dó estás, Rugero?
¡Mi bien! Mi dulce cuidado! —
Marrano llámale en fe
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado
Se le volviese al reves
De lo que siempre ha mostrado.
— ¡Ay bellos ojos, luceros
Que alumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de ejecutallo.
¡Pueda amor de tanto tiempo
Más que un hora de regalo!
¡No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado!
¡Mueva tu amor á piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado!
Quien hizo naturaleza
En todo tan extremado,
No es bien que se diga dél

Que la palabra ha falsado. —
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su hado,
Envía al cielo sus quejas,
A la fuente, rio y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
«Ruger, vuelve», y va á abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo:
Cuando el eco la responde,
Piensa que Ruger la ha hablado.
— No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado:
No te escondas, no soy ésta,
Porque en tí me he trasformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazon
Que en el tuyo se ha forjado.
¡Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado!
¡No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado!
Aplica á este mal remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Sólo, Rugero, en tí está,
Que en otro no hay remediallo. —
Entre estas celosas quejas
Vuelve, y dice: — ¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano!
¿Tan presto, dí, te olvidaste
De quién eras? ¿De tu estado?

¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amor preciado?
¡No llores más, tente, basta,
No aflojes la rienda tanto!
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado.—
Dijo, y con furiosa rabia
En un retrete se ha entrado;
Armase el peto y la cofia,
Espaldar y arnés tranzado,
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

ÍNDICE.

	Páginas.
Virgilios	5
La Infantina	6
El Conde Arnaldos	8
Don Duardos y Flérida	9
El Soldan de Babilonia y el Conde de Narbona	11
El conde D. Martin y doña Beatriz	13
Don Bernaldino	13
El Infante vengador	15
La Infanta encantada	17
El adúltero castigado	18
La constancia	20
La dama del Conde aleman	20
Deslices de amor	21
El amor filial	22
La esposa fiel	23
Romance de Gerineldo	24
Espinelo	25
Don Galvan y la Infanta	28
Cordura de Aliarda para justificarse de la calumnia de un caballero que se jactó de haberla gozado	29
El traidor Marquillos y Blanca-Flor	30
El maldiciente	31
Lanzarote del Lago.—I	33
Lanzarote del Lago.—II	34
Tristan de Leonis	35
Valdovinos y el marqués de Mantua.—I	36